

Arrorró y nanas tristes

Anaísa Lua

Dientes bien lavados, pijama bien puesta, pelo en una trenza y mi mamá acostada a mi lado una hora después de mi horario de dormir y mis ojos todavía estaban pelados. Ni las luces apagadas podían vencer a la niña de seis, y eso lo sabía mi mamá. Y como toda madre, su misión se convirtió en arrullarme para dormir.

Como siempre, mi mamá empezaba acariciándome la cara; empezaba de la mejilla moviendo su mano hasta mis orejitas. Jugaba con mi pelo despeinando la trenza que le había tomado tanto tiempo para hacer. De vez en cuando me hacía cosquillas que me volvían loca. Cuando su mano empezaba a cansarse y todavía no estaba dormida, mi mamá usaba su voz para arrullarme. Me cantaba: “Quiero dormir cansada y no despertar jamás. . . porque estoy enamorada, y ese amor no me comprende”. Cantaba con tanta tristeza, y aunque me estaba cantando a mí, esa canción se la dirigía a mi padre.

Mi mamá se convertía en una mujer complaciente y alegre en las mañanas para esconder lo infeliz que estaba con la vida que tenía al lado de mi papá. Nuestras noches se transformaban en sus horas tenebrosas para explorar la desdicha de su matrimonio. Y aunque yo solamente tenía seis años, mi cuerpo se compenetraba con la misma pesadumbre que sentía la mujer melancólica. Con añoranza en su voz, mirando hacia la pared, se dirigía a mí aunque las dos sabíamos que la tristeza y el desamor de su canción eran para mi papá. No sabía cómo escapar de algo que le hacía tanto daño; se tenía que aguantar. Y por eso cuando era de día, mi mamá era la mujer contenta y feliz, pero cuando caía la noche, era una mujer vulnerable llena de muchas penas.

Nuestras noches de cantos alegres, cuentitos de Caperucita Roja e historias de su niñez, pronto se convirtieron en canciones tristes de Emmanuel Emmanuel. Día tras día cantaba: “Durmiendo vivir durmiendo, soñando vivir soñando, hasta que tú regreses y te entregues a mis brazos”, con lágrimas invadiendo sus ojos. Los cantos duraron diez años más, hasta que dejaron a mi madre cansada. Un día en noviembre, no utilizó su voz para cantar, sino para hablar con mi papá.